



UN HOMBRE SOLO Y SIN SOMBRA

Santiago Gil

2007

Gilberto caminaba deprisa por la ciudad. Primero por las calles históricas de Vegueta y de Triana, luego por el barrio de Arenales, más tarde por los alrededores de Mesa y López, y finalmente por el laberinto de calles que

separan el Puerto de la Playa de Las Canteras. Estaban a punto de dar las doce de la noche y era sábado. Los bares, los pubs y las discotecas estaban hasta la bandera, y por todas partes se iba encontrando grupos de jóvenes con los maleteros de los coches abiertos de par en par mientras bebían alcohol a morro y escuchaban estridentes músicas que a él le terminaban poniendo nervioso. Todos tenían sombra. Él, en cambio, se giraba cada dos o tres pasos y no encontraba ningún reflejo que lo acompañara tras de sí. Estaba más solo que nadie. Más a la intemperie. Más perdido. Más desorientado.

De lejos se encontró con un cartel luminoso que anunciaba un Piano Bar al que solía acudir algunas noches antes de su enclaustramiento voluntario. Cantaban boleros y a él le encantaban los boleros. Se sentó al fondo de la sala, lejos de las miradas del resto de la clientela, y se pidió un zumo de piña con mucho hielo. El que tocaba el piano, que lo conocía desde hace años, le saludó levantando las cejas y haciéndole un gesto cómplice

Guía de Gran Canaria

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.guiadegrancanaria.org

que Gilberto le devolvió con una media sonrisa. Casi todos los que iban cogiendo el micrófono cantaban más o menos bien, aunque a partir de las tres o las cuatro de la madrugada las borracheras y la llegada de los llorones impenitentes y amargados acabaran destrozando todos los boleros. Él se sabía casi todo el repertorio de memoria, y de no haber sido por su timidez extrema hasta se hubiera atrevido con alguna de sus letras preferidas. También se cantaba lo que el pianista llamaba música ligera, así como algún tango o alguna copla de rompe y rasga que solía poner los pelos de punta cuando caía en manos de un buen intérprete.

Todos tenían sombra, e incluso notó cómo los que cantaban gozaban de un reflejo más nítido y llamativo de sí mismos que el resto de los presentes. Él atribuía ese crecimiento a la influencia de las emociones en el desarrollo de todos los órganos vitales, y de la propia sombra, que para él era un compendio mitad fisiológico, mitad espiritual, que alguien le había robado aprovechándose de sus despistes y de su buena fe. Pero ninguno de aquellos reflejos se parecía al suyo, y por eso prefirió relajarse y dedicarse a escuchar las canciones que iban desgranando apasionadamente los distintos vocalistas que se iban acercando al piano a coger el micrófono y la carpeta con las letras de los temas.

Le gustaba que cantaran *Amar y Vivir*. El pianista lo sabía y desde que podía se arrancaba con los acordes del bolero que interpretara tantas veces Antonio Machín. Su madre se lo ponía a todas horas cuando era niño, y ella misma lo tarareaba cada dos por tres como una retahíla a la que agarrarse cuando fallan todas las esperanzas y todas las palabras. El del piano le tenía cariño a Gilberto, y además le estaba agradecido por lo bien que trató a su mujer en la clínica cuando tuvo a su único hijo hace ya cuatro años. Con el tiempo su mujer, una brasileña de rompe y rasga, acabó largándose con el niño a recorrer mundo. La tiene denunciada y se ha puesto en contacto con policías de todo el planeta, pero parece como si se la hubiera tragado la tierra, aunque él sospecha que puede estar escondida en uno de esos grandes poblados de favelas de Río de Janeiro a los que no entra ni el mismo diablo, y mucho menos por tanto la policía. Por eso también necesita los boleros y las

Guía de Gran Canaria

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.guiadegrancanaria.org

canciones tristes, casi tanto como necesita últimamente el *Sol y Sombra*, o el *Marie Brizard* solo con dos piedras de hielo. A veces también canta boleros, casi siempre haciendo coros. Dice que para que los intérpretes no pierdan el compás de la música, pero todos saben que lo hace por necesidad y porque si no reventaría por dentro de tanto dolor y tanta impotencia como siente cada vez que se acuerda de su hijo y de la brasileña: aunque parezca mentira la sigue queriendo casi más que cuando se conocieron, y todos están seguros de que si ella viniera y le pidiera perdón él no dudaría en perdonarla. Es lo que sueña muchas veces, aun cuando sabe que no vendrá nunca más. Son muchos años detrás de las barras y los pianos para conocer las historias de las gentes y las formas de reaccionar de cada persona. Sabía a lo que se atecía cuando se enredó con ella, y ahora sabe también que la ha perdido. A ella y a su hijo. Por eso canta.

A Gilberto se le llenan los ojos de lágrimas cada vez que oye lo de que *se vive solamente una vez y que hay que aprender a querer y a vivir, y lo de que la vida se aleja y nos deja llorando quimeras*. El pianista también suele acabar con los ojos empapados de lágrimas y el aliento más aguardentoso que nunca. Cada vez que acaba una canción de esas necesita dos o tres lingotazos seguidos para poder seguir sobreviviendo. Gilberto, en cambio, sólo bebe zumo de piña, pero no por eso sufre menos que el dueño del piano bar.

Esa noche cayó por el local una argentina con ojos tristes, algo así como una mezcla perfecta entre la Maga de Cortázar y Alejandra Pizarnik, que no hacía más que pedir tangos tristes con los que ella misma se echaba a llorar cantando. No la conocían de nada, y cuando acabó de cantar salió del local sin que nadie la hubiera conocido o hubiera cruzado con ella más de dos o tres palabras. Cantaba con mucho sentimiento y mucha rabia, con un dolor atávico y profundo que parecía sobrepasarla y dominarla por completo. Interpretó *Malena*, *Pompas*, *Los mareados*, *Yira* y dos o tres tangos que sólo conocían el pianista y ella. Luego se fue por donde mismo había venido y dejó a Gilberto aún más aliquebrado y triste. Le removió todos sus dramas y todos sus temores, y le puso delante a la madre muerta, aunque él prefirió agarrarse sobre la marcha a otro bolero para seguir

Guía de Gran Canaria

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.guiadegrancanaria.org

manteniéndola viva. Habló solo para hablar con ella, y tarareó por lo bajini *Perfidia* como mismo lo había tarareado su madre cientos de veces. Y desde que pudo salió del local. Serían ya las seis de la madrugada. Pagó los zumos de piña que se había tomado y se despidió con un pequeño gesto del pianista dipsómano y amargado de la vida. Salió a la calle y deambuló un rato por el Parque de Santa Catalina antes de ir al Puerto a ver amanecer. El piano bar no cerraba hasta las ocho o las nueve de la mañana. Los clientes tocaban el timbre y el local iba acogiendo uno a uno a todos los náufragos de la noche. Y a todos los acunaba el piano triste que a esas horas sonaba como sonaban las pianolas de los cafetines bohemios de principios del siglo veinte.

Lo primero que hizo Gilberto al salir a la calle fue marcar en el teléfono móvil el número de su casa. Le saltó el contestador automático. Tenía frío y seguía sin encontrar su sombra por ninguna parte. Habló atropelladamente tratando de resumir en seis o siete palabras todo lo que quería decir. Gracias a que Petra dormía en el piso de abajo no se despertó sobresaltada antes de que rompiera el alba. Tampoco le quitaba el sueño si el loco había llegado o no de sus excursiones nocturnas: dormía a pierna suelta, con el transistor a toda pastilla y bien abrigada hasta arriba para evitar los fríos mañaneros que venían de la costa. En el mensaje Gilberto le explicaba a su madre que estaba bien y que se le había hecho un poco tarde yendo de un lado para otro en busca de la sombra. También le decía que iba a tardar todavía un rato más porque quería ver amanecer frente al mar

Sobre las cinco de la mañana estaba paseando entre los cuerpos tirados como fardos en los alrededores del Parque de Santa Catalina. Cientos de negros dormían en los bancos, en la hierba de los jardines, en los portales de los edificios o acurrucados sobre la misma acera. La mayor parte de ellos no sabía dónde diablos se encontraba. Habían llegado a Gran Canaria procedentes de Lanzarote o de Fuerteventura, adonde a su vez habían arribado en patera pensando que entraban en el corazón de Europa. En estas islas los tenían cuatro o cinco semanas retenidos en un macrocentro insalubre donde se las veían y se las deseaban para soportar el calor y el miedo ante la lejanía de un paraíso que no se atisbaba por

Guía de Gran Canaria

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.guiadegrancanaria.org

ninguna parte, y luego los metían en un barco y los mandaban a Gran Canaria a que deambularan por sus calles en busca de trabajo o a que directamente se dejaran morir de pena o de olvido entre sus aceras. Entre unos y otros los iban sacando de la isla en vuelos de madrugada que se dirigían casi siempre hacia Madrid o Barcelona. Se marchaban con lo puesto y sin saber de nuevo hacia dónde se les estaba mandando. Algunos negros lo miraban con sus ojos asustados a medida que él iba pasando junto a ellos. Tampoco tenían sombra, por más que los miraba y los remiraba ninguno de aquellos parias venidos de África llevaba consigo un reflejo con el que al menos compartir las penas y los sinsabores. A lo mejor tenían sombras, pero como le pasaba con él mismo ni las veía ni las atisbaba por ninguna parte. También a ellos parecían haberles robado el alma.

Tampoco tenían sombra los negros y los borrachos que dormían en los alrededores de la Playa de Las Canteras. Ni debajo de las falúas con las que se cubrían del frío, ni en la mismísima arena en la que se acostaba la mayoría había rastro de reflejo alguno cuando la luz daba de lleno sobre sus siluetas maltratadas. Sí tenían sombras las papeleras de la avenida, y los postes de las farolas, y las banderas, y los anuncios luminosos, y también los borrachos adolescentes de la isla que iban y venían de un abrevadero a otro, y los tres o cuatro guiris despistados, y los primeros basureros que llegaban a limpiar las aceras y las calles. Los demás, los parias y los metecos que dormían por cualquier parte, estaban como él. Ninguno de ellos le podía haber robado la sombra porque ellos tampoco tenían. Los otros, los que iban y venían felices, cantarines y risueños de un lado para otro, sí que parecían tener más de una y más de dos sombras. Hasta los diez o doce rapados borrachos que iban dando patadas a los negros somnolientos y atemorizados se reflejaban en las baldosas de la avenida y en la arena de la playa. En un primer momento quiso ver todo como una cuestión de suerte, de mero azar que a uno les da y a otro les quita sin razones objetivas que avalen las diferencias. Se decía que, al fin y al cabo, casi todo en la vida está en función de esas casualidades azarosas contra las que no se puede hacer absolutamente nada. No tenían sombra por lo mismo que otros no tenían los ojos azules, o no medían un

Guía de Gran Canaria

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.guiadegrancanaria.org

metro noventa, o no habían nacido en Nueva York, o en Londres, o en Honolulu. Y también se repetía a sí mismo que podía haber cosas peores, aunque luego, al poco rato de empezar con sus razonamientos estoicos, se cabreaba y volvía a radicalizar sus puntos de vista, o bien se dedicaba a maldecir a la suerte, al destino o al mismísimo Dios que estuviera detrás de aquel desastre de casualidades calamitosas en que, según él, se estaba convirtiendo su vida.

Acabó yendo a ver amanecer al Puerto. Aún quedaban algunos marineros borrachos buscando entre maldiciones las letras con el nombre de su barco. Todo lo demás era silencio y penumbra. El sol ya se estaba empezando a vislumbrar en el horizonte y poco a poco el arrebol de la mañana devolvía a sus escondites a las ratas y a las cucarachas que campaban a sus anchas por la dársena y por las bodegas y las cubiertas de los barcos varados. También las cucarachas tenían sus sombras. Por más que dijera Kafka y por mucho que se quejara Gregorio Samsa, las cucarachas que Gilberto se iba encontrando por las calles proyectaban reflejos repentinos que se anticipaban a la presencia veloz y desafiante del insecto que se alimenta de noche y de inmundicia. Nadie sabe lo que podía haber dado Gilberto por tener el reflejo de una cucaracha, y por tanto por ver que no estaba solo o que existía más allá de sus carnes y sus huesos. Sabía que se estaba volviendo cada día más loco, pero lo llevaba con la misma filosofía con que llevaba su cuerpo cada vez más orondo, o las noches de insomnio, o las malas digestiones. Estar loco era desde hacía meses parte de su estado habitual, y quizá lo mejor es que siguiera así toda la vida y que nunca se diera de bruces con el monstruo que le había suplantado en los últimos meses de existencia.

Ver amanecer no tenía para él más trascendencia que la que podía tener un bocadillo de calamares o los surtidores de gasolina que abastecían a los barcos. No veía amanecer para elucubrar sobre la fugacidad de la existencia y el milagro del nuevo día que, a pesar de todo, se empeña en volver a poner luz sobre nuestras cabezas y nuestras ambiciones cotidianas. Gilberto sólo quería dejar pasar unas horas para llegar a casa con el tiempo

Guía de Gran Canaria

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.guiadegrancanaria.org

justo para seguir una telenovela mejicana que estaba dando ya sus últimos estertores. Quería verla en directo, y por eso antes de salir para su casa se tomó en un bar abyecto y lleno de borrachos desnortados un café cargado que le tuvo despierto casi hasta el mediodía. Vio la telenovela, se conectó un rato a Internet a seguir preguntando si alguien había hallado una sombra sin dueño y finalmente se recostó en el sillón, siempre con la tele encendida, hasta las seis de la tarde.